

# LOS POEMAS LAICOS DE ANTONIO GALLARDO MOLINA

Mauricio Gil Cano

En septiembre de 2025 se cumplía el centenario del nacimiento en Jerez de la Frontera de Antonio Gallardo Molina, creador polifacético, poeta, letrista de canciones, autor de obras de teatro, pregones, artículos de prensa y guiones de radio, fotógrafo y dibujante. Con la modestia que le caracterizaba, así se autodefinía en unas «Confidencias como principio» de su *Pregón del Rocío* (Jerez: Cuadernos Dehache, 1975)

«No soy poeta, como se ha dicho muchas veces. Ser poeta es un don especialísimo del cual se abusa con inusitado desdoro. No todo el que hace versos es poeta, así como no todo el cose es sastre.

«El que «hace versos» –rimar palabras– es versificador. Pero tampoco soy precisamente eso. La realidad es que estoy a medio camino entre el poeta y el versificador. ¿Y sabéis quién oscila entre esa difícil balanza entre la poesía y el verso...? Pues el letrista de canciones».

Estas afirmaciones, además de contener algunas medias verdades, muestran el alto concepto que de la poesía tenía Antonio Gallardo. Y digo que hay medias verdades, porque esa dicotomía entre el

poeta y el letrista de canciones no siempre es aplicable y muchas veces ha sido un prejuicio que nos ha impedido ver qué gran poeta era el autor de esas letras, por ejemplo, Rafael de León –quien tanto escribiera para Concha Piquer, temas inolvidables cuyo éxito ha eclipsado la valoración de sus maravillosos poemas–. Además, autores de canciones fueron Lope De Vega, Góngora, Alberti o García Lorca, por citar solo algunos de los más grandes nombres de la historia de la poesía española.

A esta estirpe pertenece Gallardo Molina, poeta verdadero y letrista inmensurable. Letras suyas han sido cantadas–y grabadas– por Lola y Carmen Flores, Rocío Jurado, Rafael Farina, Marifé de Triana, Perlita de Huelva, Manolo Escobar, Lolita, María José Santiago, Manolo Caracol, La Paquera, La Perla de Cádiz, Chiquetete, La Sallago, Bambino, La Macanita, María Vargas, Remedio Amaya, Miguel Poveda y varios grupos de sevillanas y rumbas. Dejó registradas 750 canciones en la Sociedad General de Autores (SGAE), pero a su pluma pueden deberse unas tres mil quinientas. Con esto de la

canción popular y de la copla ocurre lo que advirtiera Manuel Machado en su famoso poema titulado, precisamente, «La copla»:

«Hasta que el pueblo las canta,  
las coplas, coplas no son  
y cuando las canta el pueblo  
ya nadie sabe el autor.

Tal es la gloria, Guillén,  
de los que escriben cantares:  
oír decir a la gente  
que no los ha escrito nadie.

Procura tú que tus coplas  
vayan al pueblo a parar,  
aunque dejen de ser tuyas  
para ser de los demás.

Que, al fundir el corazón  
en el alma popular,  
lo que se pierde de nombre  
se gana de eternidad».

Muy bien podría aplicarse este decir machadiano a la figura y obra de Antonio Gallardo. Canciones tuyas como «Compañerita del alma», el villancico «De tu carita divina»<sup>1</sup> y tantas otras pertenecen ya al patrimonio cultural de nuestro pueblo. Canciones que parecen –o son– poemas, como es el caso de «Tu nombre», cuya música es de su hijo Jesús. No obstante, aun siendo este un registro principal en la producción de nuestro autor, hay otros que no le van a la zaga en calidad literaria. Como hombre profundamente cristiano, ha dejado una poesía de temá-

tica religiosa de carácter no sólo cofrade, sino también místico, expresada en sus diversos pregones y en su libro *Luna de Nisán* (1966; 2ª ed., 1991), pero también en elevados sonetos:

«Vendrás a mí, y yo estaré inclinado  
como un tragal peinado por el viento;  
ensimismado en el acatamiento  
de un Dios triunfal y roto en el  
costado.

Toda tu Gloria se ha sacramentado  
para reinar en todo pensamiento;  
y está exultante el Viejo Testamento,  
que de ti siempre estuvo enamorado.

Preste la fe sus ojos de gacela  
a estos los míos, tan defectuosos  
para captar tan alta Epifanía.

Y sean mis labios ramas de canela  
para cantar los hechos portentosos  
y el Potosí de tu sabiduría».

Gallardo Molina se formó en el Colegio de los Marianistas de Jerez, en la calle Porvera. Allí fue compañero de pupitre de Carlos González García-Mier, que sería

<sup>1</sup> «De tu carita divina» aparece incluido en la antología póstuma de Antonio Gallardo Molina *Florilegio* (Albacete: Uno Editorial, 2014, p. 227), pero según recoge Fran Pereira en *Diario de Jerez* ([https://www.diariodejerez.es/rincon-flamenco/actualidad/40-anos-su-carita-divina-Maria-Jose-Santiago\\_0\\_1748525591.html](https://www.diariodejerez.es/rincon-flamenco/actualidad/40-anos-su-carita-divina-Maria-Jose-Santiago_0_1748525591.html)), está registrado en la SGAE a nombre de su hijo Antonio Gallardo Quirós, quien asegura ser su autor y que no le importa mucho que la gente piense que es de su padre.

durante muchos años párroco de San Marcos y uno de sus más grandes amigos. También coincidió con José Manuel Caballero Bonald, quien recuerda en el primer volumen de sus memorias, *Tiempo de guerras perdidas* (Barcelona: Anagrama, 1995), aquellos años escolares:

«En contra de todos los pronósticos, y en aquella época de adoctrinamientos feroces y apelaciones indefectibles a las zarabandas imperiales, el colegio supuso como un parapeto contra tantas vociferantes consignas llegadas del exterior. Por más que busco en mi memoria, no encuentro el menor rastro de obediencia por parte de los educadores marianistas a esas vituperables imposiciones. Ni entonábamos himnos patrióticos ni nos hablaban para nada de los batiburrillos del Alzamiento Nacional. Sólo los rezos ocupaban un tiempo superior a cualquier plausible resistencia de los educandos».

A este respecto, y como apunta su hijo Juan Bosco en el estudio recogido en el volumen póstumo de Antonio Gallardo *Florilegio* (Albacete: Uno Editorial, 2014), el catolicismo supone una constante literaria en su obra, aunque aparezca a veces simplemente como resultado de su contexto histórico-cultural. Incluso, en el registro más íntimo de sus considerados poemas laicos, lo divino aflora mediante las palabras de amor y amistad con que el poeta se dirige a Dios.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, el adjetivo laico significa, en su segunda acepción, «independiente de cualquier organización o confesión religiosa» y son sinónimos los términos

«mundano», «profano», «secular» o «seglar». Con ese vocablo nos referiríamos, por tanto, a los poemas que no son explícitamente religiosos o claramente confesionales. Podemos hablar así de la poesía laica de Antonio Gallardo.

En 1981 aparece *Apenas yo*, un volumen con treinta y seis poemas sin título ni numeración, en verso libre métrico, sin signos de puntuación y con muy pocas mayúsculas. Predominan los endecasílabos, heptasílabos y alejandrinos, combinados con otros metros muy cortos, en un dominio rítmico de verdadera maestría. La cubierta es sobria, con tan sólo el título sobre un fondo verde: semeja escrito a mano; según informa Bosco Gallardo, la letra corresponde a la de José Luis Zarzana Palma, pregonero, gran amigo de su padre, aunque dos décadas más joven. En *Apenas yo* Antonio Gallardo se ha salido de los moldes tradicionales que lo ubicaban como un poeta popular o incluso como poeta culto de tema religioso. Estamos ante algo distinto a todo lo que había publicado con anterioridad. No sólo en la forma, sino en el fondo. Se trata de poemas intimistas donde su autor nos conduce por una indagación intrahistórica a través de su memoria personal. Una memoria poblada de personajes, sentimientos y sensaciones. Todo expresado a través de imágenes potentes y hasta turbadoras, oníricas y surreales.

El poemario lleva un prólogo del gran Manuel Ríos Ruiz, quien afirma que Antonio Gallardo «ya no es solamente el poeta que era, el de las coplas abanderadas de sentires comunes, el de las zambras

elegíacas, el de los sonetos piadosos y brillantes como la candelaría de un paso nazareno». Ríos Ruiz considera que Gallardo «ha crecido poéticamente» y en originalidad con una voz más personal para expresar «un mundo íntimo de sensaciones y vivencias». Destaca el prologuista la emoción que se desprende de estos versos y su audacia metafórica, sabiamente combinada con una ajustada expresión coloquial que los sitúan en la línea de la poesía moderna española. Se constituye así como poeta de su tiempo. Antonio Gallardo –sigue Manuel Ríos– «se ha despojado de todo oropel acomodaticio, de la rutina versificadora que solamente embauca a los sensibleros, para afrontar en un instante preciso su destino de poeta». Y concluye: «Este libro lo certifica y da fe de su compromiso con la poesía, o sea, con su vida».

El conjunto se inicia con una suerte de poética donde el autor manifiesta, mediante sucesivas metáforas, el misterio de la creación lírica:

«Escribir un poema  
es enmarcar la lluvia o la nostalgia  
prostituir con sauces  
desiertos horizontes  
e iluminar a mano  
la niebla»

Hecho luminoso, pero también afrontado en soledad y en silencio, nutriéndolo de emociones pretéritas y torpes esperanzas. En todo caso, dejándose la piel y un testimonio de dolor. Escribir un poema es «dibujarle pétalos al pánico», un proceso que puede resultar angustiioso, pero

que sin embargo el poeta se aviene a acometer.

El segundo poema, que comienza «La habitación sería...» marca el inicio de esta reconstrucción de la identidad personal a partir de un hecho que determinará su vida: el fallecimiento de la madre, Pepita Molina, de tuberculosis, cuando Antonio tenía poco más un año de edad. Se trata de un recuerdo transmitido por sus tías que se refiere a la preocupación de la moribunda porque su niño pudiera asustarse de alguna máscara en esa noche de carnaval (28 de febrero de 1927):

«un arlequín  
clavado en una cruz de espantapájaros  
con su peluca gris de tiempo roto  
ya deslizaba muerte por sus dedos»

Los recuerdos de la infancia se refieren a familiares y personas entrañables, pero también a sensaciones persistentes o episodios desconcertantes relacionados con sus temores infantiles, el descubrimiento del sexo y la pérdida de la inocencia. No faltan imágenes de impacto surrealista:

«un descuido precipita vacíos y  
amapolas  
y le corta la lengua a los jilgueros»

Pánicos, gritos desgarrados, lutos tiznan estos años primerizos, donde el niño Gallardo se refugia en los brazos de su padre, don Severo, o aprende de su abuela Vicenta que el miedo se bebe parejo con el aire. El ritmo de «tantas bulerías» y los duendes gitanos brotan en madrugadas

turbias por las que asoma la sombra de Curro Loreto Ramos, pescadero clavado en un recuerdo «que te abrirá en canal del mirlo a los testículos». Con la inocencia destrozada, el poeta dialoga con las sombras que suenan desde un trasunto del infierno.

Los primeros atisbos enamorados, la risa que «es una mariposa/ entre abejas de miel», los «gritos/ que nunca había escuchado» apuntan hacia el desmoronamiento de la candidez:

«porque yo era muy niño  
y apenas si sabía  
que existía algo más  
que el perfil y la voz candeal de mi  
padre»

Entre el asco y la angustia, se descubre el poeta, porque algo se rompe:

«soy un niño asustado  
que se asoma al abismo»

El patriarca Miguel, el amor secreto de Lola, la inocencia boba de Mateo, los gallos de pelea de las Américas y Españas de Diego, el padre —«severo/ pero también gallardo/ el pueblo inventa y da con frases/ que son prismas brillantes y sonoros»— conforman retratos inseparables del niño y el hombre que aúnan su identidad y la plasman en versos descarnados y febriles, radicales y auténticos que se aproximan al amor y son carnal descubrimiento:

«el sexo es como un niño siempre  
hambriento»

La infancia de Antonio Gallardo —niño de la guerra— transcurrió en torno a la jerezana plaza del Arenal, aquella donde «sonaron cuatro tiros y medio o tal vez cinco» y «de la que aún soy chorro de su fuente». Allí, dice, aprendió a pecar, pero en Sanlúcar le poseyó el sueño de un amor platónico adolescente:

«al fin era el amor  
apenas el amor  
mas tan a pecho  
que ya existía este poema entonces  
cuando el vello en las axilas  
era un pinchazo nuevo del estímulo»

Por fin, el amor crece y alcanza su plenitud conyugal, venciendo interposiciones hasta hacerse doméstico y continuo: «qué bien se está de novios en otoño».

El amor es tema principal de los poemas centrales de *Apenas yo*, un amor que se va espiritualizando cada vez más al remitirse a Dios, a quien el poeta se dirige como al mejor de sus amigos:

«ya habrás perdido la cabeza de  
quererme tanto  
y alguna noche iremos como dos  
marineros  
borrachos y abrazados a bebernos la  
ausencia»

Asistimos a una evolución, desde la recreación de la infancia y la adolescencia, pasando por la madurez hasta llegar al amor de Dios y su liberación definitiva. Hay un poema humanísimo, donde el poeta se siente hombre con todos los

demás y lo expresa en un verso que se repite como una letanía:

«como todos vosotros»

Conforme avanzamos en la vida, cobramos conciencia de la muerte. Esta certeza Gallardo la manifiesta como un contraste entre la luminosa inconsciencia y la resignada niebla. La evolución espiritual que entona su voz lírica se expulsa en un lenguaje cargado de misteriosos símbolos, de imágenes que van más allá de lo racional sin perder el sentido, rozando lo inevitable —pues «hablar es mucho más / que pronunciar palabras»— hasta preguntarse:

«¿pero es posible que esto sea un poema?»

Así pasamos de las palabras, en minúsculas, a la Palabra, con mayúscula. De la desazón, a la esperanza:

«Es hermoso que existan detrás de tantas nubes un sol de mediodía y montañas y alondras es hermoso pensar que está el mundo en silencio para que cobre fuerzas este apenas dormido»

Del barro, al espíritu. En un crescendo que se eleva a las más altas cimas de sublimidad, los últimos poemas propician un cierre redondo. Tras una nueva referencia al libro que está acabando, regresan

los seres queridos evocados de su infancia y su amor verdadero y Dios, que «sabe/ como duele/ y hunde su dedo y alborota ausencias». Alcanza a balbucir —como un visionario, como un místico—:

«no me está permitido hablar de otra manera»

Sólo en metáforas, en palabras que envuelven lo inexplicable, desde la nostalgia por el niño que perdió un globo de gas. En el poema final vuelve a insistir:

«y tenía que titularse apenas yo este libro

que se parece mucho a una mujer con fiebre asomada al espejo»

El profesor Carlos Manuel López, en un artículo publicado en *Andalucía Información* el 2 de mayo de 2009, con motivo de haber sido nombrado Antonio Gallardo hijo predilecto de Jerez, asegura que *Apenas yo* es una joya. No exagera. Su intensidad emotiva, la fuerza de sus imágenes, su penetración en los interiores del alma y la tensa armonía de los versos hacen de este bello poemario un exponente sumamente original de la capacidad creadora de su autor. No encontramos nada parecido en el resto de su obra, que sigue persiguiendo la excelencia, pero por otros caminos.

No obstante, hay un poema, «Mandamiento nuevo», fechado a 23 de noviembre

de 1969, donde podría estar ya el germen de los textos de *Apenas yo*. Permaneció inédito, pero fue incluido en el volumen antológico *Florilegio*, publicado póstumamente. La edición de dicha antología estuvo a cargo de su hijo Bosco Gallardo, quien señala que el poema en cuestión estaría en la misma línea que los del libro aparecido doce años después, aunque en una fase inicial, pues «su verso libre mejorará mucho, se hará más sencillo y guardará más ritmo».

Precisamente, otro poema de carácter íntimo incluido en dicho compendio sería «Romance para un nombre». Permanecía inédito desde 1970, en que fue escrito. Va en otra línea estética que los de *Apenas yo*, pues en este caso se trata, como su título indica, de un romance. Expresan un sentimiento muy tierno de paternidad hacia el menor de sus vástagos.

*Florilegio* es una antología de carácter misceláneo, apropiada para conocer los diversos registros de nuestro autor, así como los géneros que cultivó: teatro, poesía, canciones y prosa humorística. La poesía aparece dividida entre versos laicos, versos cofrades y poesía mística. A su vez, los versos laicos acogen una nueva subdivisión: «Íntimos poemas» –donde irían los de *Apenas yo*– y «Poemas para los jerezanos» –que abordan temas como el flamenco, el vino, la Nochebuena jerezana o la Feria del Caballo–.

Pero la aludida clasificación la encontramos indicada al final del compendio y correspondientemente anotada en la parte superior de cada página. Al principio, se nos informa de que los textos aparecen intencionadamente desordenados, libérr-

mamente, sin respetar patrón alguno, con ánimo de presentar al lector la creación literaria de Antonio Gallardo de una forma más en consonancia con su prodigiosa imaginación y talento. Radicalmente jerezano, gitano de Jerez, su escritura está salpicada por ese duende telúrico que agita las más sobrecogedoras manifestaciones de nuestro arte. Pero también sabe tomarse la vida con la naturalidad propia de su simpático sentido del humor y es capaz de hablar a Dios –pero habla el cante– en un soneto, como entre compadres, pero sin perder un ápice de espiritualidad:

«Este es mi orgullo: saber que soy tuyo,  
y ahí reside mi mayor roneo.

Tú eres la vida y lo demás no importa.

Mira, Señor: este es el Barullo.

Detrás de él está Manuel Moneo.

Te cantarán en cuanto llegue El Torta».

Todo un ejemplo de virtuosismo sonetista –con una hábil intromisión incluso de la rima interna, en el primer verso del primer terceto–, esta composición pertenece a *Berajáb del cante*, una colección de sonetos de 2008.

Diez décimas integran las «Palomas de vino y cante», que permanecían inéditas hasta publicarse en *Florilegio*. Estas composiciones parecen seguir una tradición lírica de la Fiesta de la Vendimia, que consistía en que las palomas que se soltaban en la escalinata de la Colegial –hoy Catedral– al bendecir el mosto nuevo llevaban mensajes en verso. No están fechadas y Bosco las sitúa en los años sesenta. Van

dedicadas a los hermanos Murciano, célebres poetas de Arcos de la Frontera. El cante jondo vuelve a hacerse presente en cada una de ellas:

«soy copla del vino nuevo;  
paloma del cante jondo».

Aparecen figuras míticas, como Manuel Molina, Manuel Torre, don Antonio Chacón, La Serneta, El Gloria, Terremoto, El Morao o La Paquera:

«Vengo con mis nueve hermanas  
a anunciar por tierra y mar  
la alegría del lagar  
y el mosto por la piquera.  
Soy la voz de la Paquera  
que Jerez echa a volar».

Con «Veinte octavas reales y un soneto al vino de Jerez» obtuvo Antonio Gallardo el Accésit del Premio de Poesía de la Vendimia de Jerez en 1976, precisamente el año que lo ganaba Carlos Murciano. Por las estrofas utilizadas, el carácter es más solemne que la anterior composición dedicada al vino, que aprovechaba la gracia y agilidad del octosílabo. Ahora son versos de arte mayor y el lenguaje se ha vuelto casi edificante, aunque no faltan guiños volátiles:

«Llanos, cañadas, aluviones, lomas  
caligrafían vuelos de palomas».

El verso final de cada octava se repite al inicio de la siguiente, consiguiendo una concatenación que remarca el ritmo del

poema. Una preciosa pulcritud formal envuelve estas estrofas, donde no faltan referencias al flamenco, como tampoco en el soneto final, donde habla Jerez:

«Venid a mí, los que en la seguirilla  
tenéis el ritmo en sangre aprisionado»

«La guitarra de Manuel», dedicado a su «primo», es un poema de más de sesenta versos octosílabos y algunos tetrasílabos, con diversidad de rimas, centrado en la falseta, ese floreo de la guitarra para acompañar a la copla. Rinde homenaje a la figura del gran guitarrista Manuel Morao:

«Crisol, donde funde el cante  
los quilates de su oro  
para volverse desplante  
flamenco, cristiano y moro.  
(...)

Y ese, que ahí está sentao:  
el del color nazareno  
que responde por Morao,  
y que se llama Moreno  
ese... es quien más la comprende  
y el que más se mira en ella  
cuando en las cuerdas le prende  
su corazón, como estrella...»

Su elegancia, gracia y hondura nos hacen recordar a Manuel Machado. También los cantares de Antonio Gallardo se llenan de vino, sentimiento, guitarra y poesía. Posiblemente, el mayor de los Machado, junto con García Lorca –en destellos puntuales–, sean los maestros inspiradores de esta vertiente laica de corte popular, manifestada por el jerezano en tantos poemas,

coplas y canciones. Lorquiano y muy sentido resulta el «Romance a Fernando Terramoto», escrito después del 6 de diciembre de 1981, fecha de la muerte del cantaor Fernando Fernández Monje.

Si Machado fue el cantor de la fiesta nacional, lo taurino también se ha manifestado en pinceladas sueltas en diversas composiciones del jerezano, pero hay un soneto –fechado en 1986– dedicado a la figura de Rafael de Paula, en plena faena, resuelto floralmente:

«El toro embiste, por romper la vida,  
¡y es el instante en que la vida crece...!  
Amapolean Paula y su capote».

Burlada con el verbo inventado «Amapolean», la embestida del toro entronca con una tradición asignada al misterio de la vida desde la antigua Creta.

Otras composiciones que van en una línea más próxima al arte popular o incluso al pregón que a la poesía propiamente lírica serían «La caseta de feria», «Navidad 1899 en Jerez» y el «Romance del sentir jerezano». Este último pertenece al *Primer Pregón Gitano de la Nochebuena de Jerez* (Jerez: Caja de Ahorros, 1975), donde a su vez encontramos el «Soneto-villancico a Tío Manuel Parrilla». Aunque Antonio Gallardo no se consideraba pregonero:

«Tampoco soy pregonero. No sé declamar. Aquí, entre nosotros, les confesaré que me da una enorme vergüenza echarle énfasis a mis versos y declamarlos rimbombantemente, como si fuesen de Lope de Vega. Mi voz tampoco se presta al «pregoneo». Y, por si fuera poco, suelo

rechazar los pregones que se me ofrecen fuera de Jerez. He cantado las Cruces de Mayo y la Semana Santa de nuestra ciudad. Esta noche, el Rocío jerezano. Y quiero pedir perdón desde aquí a localidades tan queridas como Utrera, Alcalá y San Fernando que intentaron llevarme a ellas. Lo siento. Pero, en el pregón de esta noche, afirmo que tengo por norma pregonar lo que conozco. Mi admiración para los que saben informarse y tomar por propios los sentimientos foráneos. Ese es otro mérito que aplaudo, pero que no poseo».

Esto lo decía en su *Pregón del Rocío* de 1975. Después haría bastantes más, siempre fiel a su norma de pregonar solo aquello que conoce: «Yo me he fijado como norma no dar un pregón sin conocer experimentalmente de qué emociones voy a ser portavoz». Lo cierto es que –además de estar muy bien escritos– sus pregones tienen pellizco, más poesía que otros al uso y contagian esa emoción que sentía su autor por todo lo intrínsecamente jerezano. Amaba a Jerez y se sentía amado por la ciudad donde nació, vivió y murió, como bien expresa en esta su «Décima agradecida»:

«Y he ganado ser querido  
por este Jerez que adoro,  
que paga, más que con oro,  
y más de lo merecido.  
Me engalanó el apellido  
y el nombre y el alma entera  
con su blanquiazul bandera  
bañada en olas del mar...

¡Qué más me podría dar  
mi Jerez de la Frontera!»